ADMINISTRACION
LÍRICO-DRAMÁTICA.

LA BATALLA DE MARATON

JUGUETE COMICO EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

DON LUIS DE SANTA ANA.

MADRID.
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1874.

LA BATALLA DE MARATON.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

EL VIEJO TELÉMACO, zarzuela en dos actos.
LECCIONES DE AMOR, comedia en un acto.
LA MUERTE DE BARBA-AZUL, zarzuela en un acto.
UN BOTICARIO EN LAS TERMÓPILAS, juguete cómico.
EL HIJO DE CARRANQUE, comedia en un acto.
LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA, zarzuela en un acto.
LAS MULTAS DE TIMOTEO, comedia en un acto.
CÉSAR Y BRUTO, zarzuela en dos actos.
MORIR DE RISA, juguete cómico en un acto.

LA BATALLA DE MARATON

JUGUETE COMICO EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

DON LUIS DE SANTA ANA.

Representada por primera vez en el teatro de Variedades
el dia 13 de Abril de 1874.

MADRID.
IMPRENTA DE LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA,
Calle del Rubio, número 23.
1874.

PERSONAJES		ACTORES.
ROSA.	SRTA.	ESPEJO.
PEPA.	SRA.	RODRIGUEZ (D.ª A.)
CALISTO RABANILLO.. .	SRES.	ZAMACOIS.
D. CASTO CASTAÑA (1)..		LUJAN.
D. ANTONIO FONDO OSCURO (1).		RIQUELME.

La escena en Madrid. Epoca actual.

(1) Los dos tipos muy rabiosos; el primero habla siempre muy de prisa, y el segundo, despacio y como si tuviera dificultad en pronunciar, sin ser tartamudo. Cuando las condiciones de los actores que hagan ambos papeles fueran más á propósito para un tipo que para otro, puede el primero tomar el del segundo y viceversa.

ACTO UNICO.

Sala decentemente amueblada. A la derecha un tablado y encima un caballete con un cuadro sin concluir. Al lado del caballete un maniquí de tamaño natural vestido de guerrero griego con coraza y casco. A la izquierda un sofá. Puertas al foro y á derecha é izquierda, ménos en segundo término á la izquierda en que hay ventana que figura dar á un patio. Sillas, mesa, portiers, etc.

ESCENA PRIMERA.

ROSA y PEPA que tiene un dominó en la mano.

ROSA. Es preciso que al punto vayas á devolver ese maldito dominó.

PEPA. En seguida, señorita. (Medio mutis.)

ROSA. Oye, Pepa: ¿estás segura de que nadie sabe mi calaverada?

PEPA. Pues no se apura usted poco, señorita, por una cosa, que á mi corto entender, nada tiene de particular.

ROSA. ¡Ay! si mi marido supiera que estuve anoche en un baile de máscaras.

PEPA. ¡Jesús, qué apuros!

ROSA. No parece sino que tú no le conoces en dos años que hace que estás á mi lado y ya has podido observar lo celoso que es y el genio que tiene,

PEPA. Pero su marido de usted está en el Escorial sacando vistas del monasterio y no es probable que llegue hasta allí la noticia.

ROSA. ¡Y pensar que si no hubiese sido por el hojalatero de la esquina la aventura podria haber tenido fatalísimas consecuencias!

PEPA. Francamente; cuando ví que en vez de su amiga la señorita Luisa la acompañaba á usted ese jóven, me chocó y aunque nada la he preguntado á usted todavía...

ROSA. Lo que me pasó es lo más natural del mundo. Mi amiga Luisa, sin esplicarme el por qué, me abandonó en medio del salon, á los pocos momentos de llegar. Sola y aturdida, determiné abandonar el baile y volverme á mi casa; y cuando ya casi llegaba, un borracho se empeñó en abrazarme. Grité, pedí socorro, y ese generoso jóven me libró de los brazos de aquel adorador de Baco, acompañándome luego hasta casa y ayudándome á subir la escalera, porque la emocion que habia sufrido me habia hecho perder casi el conocimiento.

PEPA. ¡Qué amigos tienes, Benito!

ROSA. Mi amiga fué la que me incitó á ir al baile, y puedo asegurarte que de tal modo estoy arrepentida, que nunca más volveré á pecar. (Llaman violentamente á la campanilla.)

PEPA. ¿Quién será, tan temprano? (Vuelven á llamar.)

ROSA. ¡Dios mio, así no llama más que mi marido! (Vuelven á llamar.)

PEPA. El es, le reconozco en la suavidad de la mano. (Vuelven á llamar.)

ROSA. Abre inmediatamente.

PEPA. ¡Pero, y este dominó!

ROSA. Mételo ahí, en mi cuarto. (Segunda puerta derecha.)

PEPA. (Lo hace.) Ya está. Voy á abrir. (Se va. Suena más violentamente la campanilla.)

ROSA. Y se conoce que viene de buen humor.

ESCENA II.

DICHAS Y ANTONIO en traje de viaje, con una caja de colores debajo del brazo.

ANT. Un minuto y diez y siete segundos y medio de tardanza. Si me pasa otra vez, me divorcio.

ROSA. Yo te esplicaré...

ANT. Nada de mentiras, señora.

PEPA. Pero...

ANT. Si no te callas tú (*amenazándola con la caja que tiene en la mano*), te hago digerir en tres minutos diez varas de lienzo, seis pinceles y veinticinco clases de colores.

PEPA. Gracias.

ANT. (*Paseándose muy agitado.*) Habrá usted tenido muchas visitas durante mi ausencia; habrá usted salido todos los dias...

ROSA. No lo creas.

ANT. Tú tienes cara de haber salido todos los dias.

ROSA. Mi cara...

ANT. (*Mirándola fijamente.*) En su cara de usted se descubre un fondo de criminalidad.

PEPA. ¿Pero está usted loco, señorito?

ANT. Y en tu cara se descubre otro fondo de...

PEPA. Lo que es eso, no, señor.

ROSA. ¡Antonio!

ANT. Ese minuto, y esos diez y siete segundos y medio, han debido serviros para poneros de acuerdo y engañarme.

ROSA. (*Aparte á Pepa.*) ¿Sospechará...?

ANT. (*Observando.*) Y esos secretitos me acaban de convencer. (*Aparte.*) Yo vigilaré. (*Se vá por la primera puerta derecha.*)

ESCENA III.

ROSA, PEPA y despues CALISTO.

ROSA. ¡Ay, Pepa! yo creo que mi marido sabe lo del baile.

PEPA. Imposible, tan solo el hojalatero podia decir que la habia visto á usted fuera de su casa á deshora, y ese es probable que ni usted ni él se vean en su vida.

CAL. (Asomando la cabeza por la puerta del foro.) ¿Se puede pasar? (Trae un mandil puesto.)

ROSA y PEPA. ¡El!

CAL. He encontrado la puerta abierta.

ROSA. Jóven, márchese usted por Dios.

PEPA. Váyase usted con mil diablos.

CAL. Señora, yo no he venido aquí sin motivo.

ROSA. Es que está aquí mi marido.

CAL. Su marido de usted, ¿y qué?

ROSA. Puede á usted matarle.

CAL. ¿A mí, por qué?

PEPA. Pero ¿qué quiere usted?

CAL. Figúrense ustedes que soy el hombre más desgraciado del mundo.

ROSA. Váyase usted, ya nos los contará otro dia.

CAL. Es que hace dos horas que debía haberme casado y por culpa de usted estoy soltero todavía.

PEPA. ¿Qué?

CAL. Anoche cuando la vine á usted acompañando debió caérseme en este cuarto la llave de mi habitacion y aquí me tiene usted sin haber podido entrar en mi casa, habiendo pasado al fresco toda la noche y sin poder mudarme para ir á la iglesia.

ROSA. Vaya usted así.

CAL. Justo, voy á asistir á la ceremonia de mandil.

ROSA. Busca esa llave, Pepa, busca esa llave. (*Pepa lo hace.*)

CAL. Sí, hija, búscala, búscala. ¡Y si viera usted, señora, qué carácter tan dulce tiene mi papá suegro para aguantar bromas...! El otro dia porque me permití decir, no sé por qué, que la Constitucion del 34 no era tan buena como la del 69, me tiró á la cabeza dos botas y su reloj.

PEPA. Yo no encuentro nada.

CAL. Pues ello es preciso que parezca: ya puede usted comprender, señora, que mi posicion en mandil es insostenible.

ROSA. ¿Y qué hacer, señor?

CAL. Eso digo yo, y ¿qué hacer?

PEPA. Yo buscaré la llave y se la llevaré luego á usted á la hojalatería.

CAL. Pero, alma de Dios, ¿no le he dicho á usted que tengo que casarme en seguida?

ROSA. Igual da hoy que mañana.

CAL. Para usted será igual, para mí no.

ROSA. Márchese usted por las once mil vírgenes.

CAL. Señora, yo no me puedo marchar sin la llave.

ROSA. Mi marido viene, salga usted. (*Le empuja fuera de la puerta. A Pepa.*) Corre á devolver ese dominó. (*Se vá.*)

PEPA. (*Sacando el dominó del cuarto y yéndose por el foro.*) Voy.

ESCENA IV.

CALISTO, despues ANTONIO.

CAL. (*Despues de un momento de pausa asoma la cabeza y entra con precaucion.*) ¡Bah! han querido engañarme: bien he hecho en quedarme en el pasillo; lo que es yo no me voy sin la llave. (*Se pone á recorrer á gatas la habitacion buscando por todas partes.*

Sale Antonio sin ser visto y empieza á andar á gatas detrás de él, procurando ambos no encontrarse de frente hasta que lo marque el diálogo.)

ANT. ¡Ro...! ¿Qué veo? un hombre en mi casa, y en una postura irracional! ¡Observemos! (Empieza á andar á gatas detrás de él.)

CAL. Pues señor, aquí no está; busquemos por este otro lado.

ANT. ¿Pero, qué hace éste hombre?

CAL. ¡Bonito humor tendrá mi querido papá suegro!

ANT. (Mirándole por la espalda.) ¡Este hombre no tiene buena cara!

CAL. ¡Y que la cerradura es inglesa! ¡Para saltarla se necesitan tres pares de bemoles!

ANT. ¡Este hombre parece que juega conmigo!

CAL. (Encontrándose de frente con Antonio.) ¡Horror!

ANT. (Sin levantarse.) ¡Caballero! ¿Podrá usted esplicarme estos paseos por mi casa?

CAL. (Aparte.) ¿Y qué le digo ya ahora á éste?

ANT. ¿No me oye usted?

CAL. (Aparte.) Yo, sin comprometer á su mujer, no puedo decirle que estuve anoche en esta casa.

ANT. ¿Pero, está usted sordo?

CAL. (Aparte.) Lo mejor es marcharme. (Se vá á levantar y Antonio le vuelve á tirar al suelo.)

ANT. (Levantándose.) ¡Quieto ahí!

CAL. ¿Pero no podemos hablar de pié?

ANT. ¡Caballero, si no se esplica usted, voy á levantarle la tapa de los sesos!

CAL. (Aparte.) ¿Pero qué esplicaciones voy á dar á este hombre?

ANT. (Sacando una pistola.) ¡Rece usted un Padre nuestro!

CAL. No me acuerdo.

ANT. (Apuntándole.) ¡Va usted á morir!

CAL. ¡No sea usted bárbaro! ¡Yo me esplicaré!

ANT. Ya es inútil; su turbacion de usted lo ha confesado todo.

CAL. (Muy apurado.) Tenga usted compasion; yo no soy lo que parezco; en todo el barrio podrán informar á usted de que soy un modelo...

ANT. (Dejando la pistola.) ¿Un modelo? ¿Es usted un modelo, y ha tardado usted tanto tiempo en decírmelo? ¿Y quién le recomienda á usted?

CAL. ¿Que quién me recomienda? ¡Todo el mundo!

ANT. Acaso le envia á usted mi amigo Petrouski.

CAL. ¿Pedrusqui? (Aparte.) Pues, señor, no entiendo una palabra. (Alto.) Justamente.

ANT. ¿Y cómo va, mi buen polaco?

CAL. El, bueno, pero. . .

ANT. Bueno; pero... ¿qué?...

CAL. Pero su mujer y los niños no están muy bien.

ANT. ¿Pues qué, no es soltero?

CAL. (Aparte.) Me aplastó. (Alto.) Eso cree todo el mundo, pero está casado hace una porcion de años.

ANT. ¿Con quién?

CAL. Con su mujer.

ANT. El le habrá dicho á usted las condiciones.

CAL. (Aparte.) ¿Pero de qué está hablando este hombre?

ANT. Hoy, por hoy, no haremos nada al desnudo.

CAL. ¡Caracoles! ¿Qué es lo que querrá hacer?

ANT. Por ahora no ganará usted mas que dos pesetas.

CAL. (Aparte.) Pues señor, sigo en Babia.

ANT. Se vestirá usted en ese cuarto. (Primero izquierda.)

CAL. ¿Y, para qué me voy á vestir?

ANT. Supongo que no querrá usted trabajar en ese traje.

CAL. Pues yo siempre trabajo con él.

ANT. Pero está usted tocando el violon.

CAL. (Aparte.) No lo sabes tú bien. (Alto.) Haré lo que usted quiera.

ANT. La figura que va usted á representar es la del héroe de Maraton. Como usted ve, solo falta esa figura al cuadro para concluirse.

CAL. (Aparte.) Acabáramos. Este hombre me toma por un modelo y tendré que ponerme en ropas menores sopena de que me rompa algo.

ANT. ¿Qué piensa usted?

CAL. Nada.

ANT. ¿Conque empezamos?

CAL. Cuando usted quiera (Aparte.) y tres horas que hace que mi novia estará con la corona de azahar; la verdad es que ya habrá debido cansarse.

ANT. Lleve usted ese maniquí y él le servirá de modelo para vestirse.

CAL. (Haciéndolo. Aparte.) Pues señor, vamos allá: siempre ha sido mi sino sacrificarme por las damas. De bonito humor estará mi suegro. (Se vá por la primera puerta izquierda.)

ESCENA V.

ANTONIO, despues DON CASTO.

ANT. No sé por qué me parece que este hombre me engaña. Es preciso ser astuto, disimular y alargar la nariz.

CASTO. (Que despues de haber abierto la puerta con estrépito derriba cuanto encuentra al páso y se sienta en el sofá. Es estremadamente gordo.) Hoy es el dia del juicio final, hoy lo rompo todo.

ANT. Caballero, ¿podrá usted esplicarme esa entrada bárbara?

CASTO. Yo entro como me dá la gana, hago lo que me dá la gana, chillo lo que me da la gana...

ANT. Y yo romperé á usted la crisma aunque no le dé la gana.

CASTO. (Aparte.) Bien decia mi difunta: es preciso reportarse en sociedad. (Alto.) Beso á usted la mano.

ANT. No me bese usted nada y esplíquese usted.

CASTO. ¿Usted no me conoce?
ANT. Ni gana.
CASTO. Voy á decirle á usted quién soy yo.
ANT. Le advierto á usted que la bilis me llega al pescuezo.
CASTO. Yo ya me la estoy sorbiendo hace media hora. ¿Quiere usted escucharme?
ANT. Acabe usted.
CASTO. Yo soy viudo...
ANT. ¿Y qué?
CASTO. Soy viudo, porque se me ha muerto mi mujer.
ANT. Bueno, pues que allá nos espere muchos años.
CASTO. Tambien soy padre.
ANT. ¿Piensa usted contarme la historia de su familia?
CASTO. Mi hija debia haberse casado hoy.
ANT. La deseo toda clase de felicidades.
CASTO. Es que no se ha casado.
ANT. Y dale, ¿tengo yo la culpa?
CASTO. Sí señor.
ANT. ¿Vive usted en Leganés?
CASTO. Vivo en la calle de Santiago el Verde.
ANT. Pues debia usted vivir en Leganés.
CASTO. De esta manera no podré enterarle á usted nunca del motivo de mi visita.
ANT. Hable usted ya, no le interrumpo.
CASTO. Segun he dicho á usted, mi hija debia casarse hoy.
ANT. Me lo ha dicho usted quince veces.
CASTO. Y se lo diré á usted diez y seis, porque ese matrimonio es la causa de todas mis desgracias.
ANT. ¿Pero, qué tengo yo que ver con sus desgracias de usted?
CASTO. ¡Mucho! Mi yerno, Calisto Rabanillo, ha entrado en su casa de usted á las dos de la madrugada, y aun no ha salido.
ANT. ¡Pocas bromas! ¡En mi casa no ha entrado ningun hombre á las dos de la mañana!

CASTO. ¡Muchas verás! ¡Me lo ha dicho el sereno, que casualmente estaba despierto, y que le vió entrar con una señora del brazo!

ANT. ¡Eso es imposible!

CASTO. ¡Cómo, imposible! ¿Se atreve usted á desmentir á la autoridad?

ANT. ¡Mi frente parece que quiere saltarse!

CASTO. ¡Déjela usted!

ANT. ¡De ninguna manera!

CASTO. Pues no la deje usted; pero devuélvame mi yerno.

ANT. ¿Y qué sé yo dónde está su yerno de usted?

CASTO. Aquí dentro.

ANT. (Aparte.) ¿Qué será esto, Dios mio?

CASTO. ¡Y que mi hija, como es de un temperamento sanguíneo como yo, para evitar una congestion, tiene desde las ocho metidos los piés en una cacerola de agua hirviendo.

ANT. (Aparte.) ¡Mi mujer me esplicará este lio!

CASTO. Y la pobrecita...

ANT. La voy á retorcer el pescuezo.

CASTO. ¿Y qué daño le ha hecho á usted para retorcerle el pescuezo?

ANT. ¿Le parece á usted? ¡Pasearse con un hombre del brazo, á las dos de la mañana!

CASTO. ¿Qué hombre? si se acostó delante de mí á las diez.

ANT. (Echándole mano al pescuezo.) ¡Ah, infame, voy á beber tu sangre!

CASTO. ¿Porque he visto acostar á mi hija?

ANT. ¿Pero, quién habla de su hija de usted? (Aparte.) Es preciso que yo descubra el misterio que este hombre viene á contarme. (Aparte.) Desorientemos á este hipopótamo.

CASTO. ¿Me devuelve usted mi yerno? sí ó nó.

ANT. Ahora que me acuerdo, conozco mucho á su yerno de usted. ¿Se llama Calisto?

CALISTO. Rabanilllo, sí señor.

ANT. Pues yo tambien le ví anoche entrar en una casa con una señora del brazo, pero no en esta sino en el número ochenta y cuatro.

CASTO. ¿Está usted seguro?

ANT. Segurísimo.

CASTO. Y entónces ¿por qué me ha dejado usted contar la historia de mi familia?

ANT. ¿Y quién se la ha preguntado á usted?

CASTO. ¿Conque número ochenta y cuatro? Voy á romperlo todo. (Medio mutis.)

ANT. Es preciso que yo desenrede esta madeja.

CASTO. Usted calcule cómo tendrá los piés mi pobre niña. (Medio mutis.)

ANT. Sí, ya habrá debido mudar el pellejo.

CASTO. Escuso á usted decirle lo que yo haré con mi yerno cuando le coja.

ANT. Lo que yo con mi mujer.

CASTO. Romperla el alma.

ANT. Exactamente.

CASTO. ¡Ah! bueno. Quede usted con Dios. (Deja caer varios muebles al marcharse. Se vá.)

ESCENA VI.

ANTONIO, despues CALISTO.

ANT. Que entró un hombre á las dos de la mañana en esta casa: aquí no vivimos más que un figle de murga y yo, lo cual prueba que á una de las dos casas venia. Que venia acompañando á una mujer: el figle es viudo y no tiene más que dos niños y un gato; luego es á mi mujer ó á mi criada á la que venia acompañando. Una criada no puede estar fuera de casa á esas horas; luego mi mujer era la acompañada. Reasumiendo: yo estaba fuera, mi mujer ha entrado acompañada; lo que resulta de esto, lo sé, pero me embiste el pensarlo. Lo dicho: es preciso ser

astuto, afectar una risa bondadosa y tener la intencion de un toro. ¡Maldito pensamiento!

CAL. (Entrando vestido con trage de guerrero griego, coraza, casco con celada y una lanza em la mano.) Parezco un judío de monumento. ¿Qué tal estoy?

ANT. (Muy preocupado.) Zis, zas, seis puñaladas y en un momento se concluye.

CAL. (Dando un brinco.) ¡Caracoles! ¿Piensa usted retratarme de esa manera?

ANT. (Aparte mirando á Calisto.) ¿Será éste el seductor?

CAL. (Aparte.) Tengo un miedo más grande que el imperio de Rusia.

ANT. (Aparte.) Estaba por empezar matando á éste.

CAL. (Aparte.) Este hombre no debe estar pensando nada bueno.

ANT. (Aparte) Conviene disimular hasta que le registre los bolsillos.

CAL. (Aparte.) Si no me llevaran por loco al Saladero, echaba á correr con este traje y todo.

ANT. Está usted bien. Vamos á empezar.

CAL. Le agradeceria á usted en el alma nos diéramos la mayor prisa posible.

ANT. ¿Qué tiene usted que hacer?

CAL. Hombre, un encargo de uno de mi pueblo.

ANT. Empecemos. (Colocando á Calisto sobre el tablado.) Este es su sitio de usted.

CAL. Bien, ¿qué hago ahora?

ANT. Yo le colocaré á usted. La cabeza más erguida, más, un poco más.

CAL. Si ya me doy con el cogote en la espina dorsal.

ANT. Levante usted ahora un poco esa pierna.

CAL. (Lo hace.) ¿Es ya bastante?

ANT. Nó, hasta la altura de la rodilla.

CAL. Mire usted, yo no he aprendido baile y me voy á caer una costalada.

ANT. Eso no le hace.

CAL. ¿Y piensa usted tenerme mucho tiempo así?

ANT. Ahora debe usted colocarse sobre la punta del otro pié.

CAL. Supongo que no pretenderá usted que me sostenga en el aire.

ANT. Ahora, quieto; no se mueva usted; no se mueva usted. (Se vá.)

ESCENA VII.

CALISTO.

CAL. No se mueva usted, no se mueva usted (Bajándose del tablado); en mi vida he visto un hombre más desprovisto de sentido comun. Debe ser divertida la vida de los modelos; no ganarán para árnica. (Dándose un bofeton.) Pero salvaje, ¿te parece bien estar perdiendo el tiempo sin pensar lo que estará pasando tu futura? Si mientras estoy aquí solo pudiera encontrar la llave; probemos. (Se mete debajo del sofá.)

ESCENA VIII.

DICHO Y ANTONIO.

ANT. (Saliendo con una carta en la mano.) Indudablemente, éste hombre es un modelo. No encuentro ningun indicio que me demuestre lo contrario.

CAL. (Debajo del sofá.) ¡Valiente chasco me he llevado con un clavo de la alfombra!

ANT. (Viendo á Calisto.) ¿Pero, hombre, qué está usted haciendo ahí?

CAL. (Saliendo de debajo del sofá.) Estaba descansando.

ANT. Ordinariamente se hace encima.

CAL. Bien, eso va en gustos, yo prefiero descansar debajo.

ANT. (Aparte.) No conviene darle que sospechar.

(Alto.) Vuélvase usted á colocar en el tablado; yo voy á preparar mis colores.

CAL. Le suplico á usted la mayor brevedad posible.

ANT. (Aparte.) Saldré á la calle, me informaré del portero y los vecinos, y si me engaña... (Alto.) Vuelvo enseguida.

ESCENA IX.

CALISTO Y ROSA.

CAL. Pues señor, la llave de mi cuarto ha sido para mí una especie de cólera-morbo.

ROSA. (Desde la puerta.) ¡Phis, phis, jóven, jóven!

CAL. ¡Eh! ¿Quién me llama?

ROSA. Soy yo.

CAL. Señora, por usted estoy desacreditando la respetable clase de los hojalateros; y si no fuera por la esperanza de encontrar aquí mi llave, ya me habria largado de esta maldita casa, aunque me apedreasen los chicos en la calle.

ROSA. Su llave de usted ha parecido ya; se la han dejado al portero de esta casa con una carta.

CAL. ¿De veras? Pues quede usted con Dios. (Se oye dentro la voz de D. Casto.) ¡Cielo divino, la voz de mi papá político! ¿Quién demonio le habrá dicho que estoy aquí?

ROSA. ¡Por Dios, caballero, ya que todo se ha arreglado, no me comprometa usted! (Se vá.)

ESCENA X.

DON CASTO Y CALISTO.

CAL. ¿A qué llamará arreglarse todo esta señora?

CASTO. (Dentro.) ¡Ya le diré yo á ese caballero quién soy yo!

CAL. ¿Y dónde me meto yo para librarme de los

trasportes de mi suegro en los primeros momentos? ¡Ah! ¡Qué idea! Sobre ese tablado, volviéndome de espaldas, tal vez me tome por un maniquí.

CASTO. (Entrando muy furioso con un papel en la mano.) No hay un hombre decente en el mundo desde que se murió Riego. El pintor me ha engañado, y el estúpido de mi futuro yerno es un tuno que pasa las noches fuera de su casa, y á quien escriben cartas como la que me acaba de dar el portero para él.

CAL. (Aparte.) ¿Qué es lo que dice?

CASTO. Una carta de una guantera que le pone de vuelta y media y que le promete insultarle aun más si se empeña en casarse.

CAL. Esa Petronila se ha empeñado en matarme á disgustos. (Levantándose un momento la celada y volviendo á dejarla caer enseguida.) La verdad, señores, que es una desgracia ser buen mozo.

CASTO. Y esa jóven, llevando al colmo su descaro, le devuelve una llave de su cuarto. Por las señas, alguna llavecita duplicada que tendria esa nueva Mesalina.

CAL. ¡Qué cosas tiene mi suegro! ¿Pues no llama muselina á la guantera?

CASTO. ¿Pero dónde estará ese pintor de los demonios? (A Calisto.) Haga usted el favor de avisar... ¡Pero si estoy hablando con un maniquí! (Le pega un palo.)

CAL. ¡Ay, ay, ay!

CASTO. ¡Qué es esto! (Acercándose y levantándole la celada.) ¡Qué veo! ¡Calisto, mi yerno, vestido á la antigua, sobre un tablado! (Pegándole un empujon y haciéndole bajar.) ¡Venga usted acá, bandido! ¿Usted sabe que desde las ocho de la mañana estoy corriendo detrás de usted?

CAL. ¿Desde las ocho? Pues ya debe usted estar cansado. (Muy amable.) ¿Por qué no se sienta usted?

CASTO. Nada de bromas. Tu conducta va á ser causa de que yo muera en un patíbulo.

CAL. De esta hecha se concluye la semilla de los Rabanillos.

CASTO. ¿Me esplicará usted su conducta?

CAL. Diré á usted...

CASTO. No me diga usted nada, me horrorizo.

CAL. Pues no se horrorice usted, porque mi conducta es de lo mejor que existe.

CASTO. Eres feo...

CAL. Gracias.

CASTO. Pero eres mucho más descarado que feo.

CAL. Pero...

CASTO. El eco de tus libertinajes ha llegado á mis oidos.

CAL. Pues ya los necesita usted tener buenos.

CASTO. Infeliz (*enseñándole la carta*), tengo esta prueba de tus crímenes.

CAL. ¡Pero cómo exagera usted! Llama usted crímen á la carta de una mujer despechada, celosa.

CASTO. ¡Celosa, celosa! la vanidad te ahoga, ¿te crees tú digno de inspirar celos á nadie?

CAL. A más de una.

CASTO. Mentira.

CAL. A más de una, le digo á usted.

CASTO. Algun mamarracho.

CAL. Papá, no me toque usted al amor propio.

CASTO. Pero de todos modos, Maquiavelo, ¿te parece que es regular, ni digno, ni decente, dejar á una novia vestida de blanco con una cuarta de narices?...

CAL. Si mi novia es chata.

CASTO. Aguardando inutilmente desde hace cuatro horas.

CAL. Pero...

CASTO. Teniendo en ayunas á un respetable sacerdote y en un pié á toda una respetable familia.

CAL. Parecerá un regimiento de grullas.

CASTO. ¿Te parece bien?

CAL. Si yo no tengo la culpa.

CASTO. Vamos por partes, ¿qué haces aqui?

CAL. (Aparte.) ¿Y qué le digo yo?

CASTO. Responde.

CAL. Querido papá suegro, es usted de lo más obtuso que he conocido.

CASTO. ¿Cómo se entiende?

CAL. ¿Conque me encuentra usted en casa de un pintor, subido sobre un tablado, con este traje, y me pregunta usted qué es lo que hago?

CASTO. ¡Ah! sí, tu retrato.

CAL. (Aparte.) Pues no se me habia ocurrido. (Alto.) Exactamente.

CASTO. ¿Y qué idea te ha dado de retratarte el dia de tu boda con ese traje?

CAL. Queria dar una sorpresa á mi novia, y como es tan comun retratarse de levita me vestí de guerrero griego.

CASTO. ¿Y por qué no nos lo habias dicho?

CAL. Papá, sigue usted todavía romo de entendimiento; ¿pues no le he dicho á usted que era una sorpresa?

CASTO. ¿Y por qué no has escogido otro dia para hacerte el retrato?

CAL. Porque hasta hoy no ha llegado el pintor á Madrid.

CASTO. Es una inoportunidad; pero eso no esplica el que hayas entrado aquí á las dos de la mañana con una mujer.

CAL. (Aparte.) Mi suegro es un tabardillo. (Alto.) Esa mujer no era una mujer.

CASTO. ¿Cómo?

CAL. Era un hombre; mi amigo el pintor, que venia disfrazado de un baile de máscaras.

CASTO. ¿Y desde esa hora te está retratando?

CAL. Sí, señor; queria hacerme el retrato de madrugada para que estuviera concluido á la hora de la boda.

CASTO. ¿Y por qué el pintor no me ha dicho todo esto?

CAL. Como era una sorpresa, le habia encargado el secreto.

CASTO. (Mirando el cuadro.) ¿Y dices que estás tú retratado aquí?

CAL. (Aparte.) Esta es la más gorda.

CASTO. Yo no te veo, aquí no hay más que una fila de soldados.

CAL. Pues bien..., detrás estoy yo.

CASTO. Ven á mis brazos.

CAL. (Abrazándole y al público.) ¿Han visto ustedes nada más bruto que mi suegro?

CASTO. Toma la llave de tu cuarto. (Dándosela.) Yo callaré lo de la carta para que no haya entorpecimientos, y tú sin pérdida de momento desnúdate y vé corriendo á casa. Yo corro á tranquilizar á Efigenia y le diré para disculparte que has estado preso por causas políticas. (Al ir á salir tropieza de bruces con Antonio que entra.)

ESCENA XI.

DON CASTO, Y ANTONIO.

ANT. ¡Animal!

CASTO. (Volviendo.) Hombre, me alegro volver á ver á usted.

ANT. Tenga usted la amabilidad de dejarme en paz.

CASTO. Es que va usted á decirme...

ANT. Yo no puedo decirle á usted nada.

CASTO. ¡Já, já, já! miente usted con una gracia especial, pero sabe usted guardar un secreto y eso es una recomendacion para mí.

ANT. Caballero, yo no tolero bromas.

CASTO. No disimule usted más, lo sé todo, Calisto me lo ha dicho.

ANT. ¿Calisto?

CASTO. Sí, hombre, sí, mi yerno, su amigo de usted,

el que se está retratando vestido de Julio César.

ANT. Oiga usted...

CASTO. Si no tiene usted que disculparse.

ANT. Pero...

CASTO. Y, mire usted, despues de todo, no deja de estar en carácter un hojalatero retratado con coraza.

ANT. Yo no entiendo una palabra.

CASTO. Cosas de mi yerno.

ANT. (Aparte.) Luego el tal no era modelo ni Cristo que lo fundó.

CASTO. Pero se conoce que los dos son ustedes igualmente raros. ¡Mire usted, venirse á pintar á las dos de la madrugada.

ANT. (Aparte.) ¿Si yo pudiera sonsacar á este viejo? (Alto.) Verdad que tiene gracia.

CASTO. Y, la verdad, que usted, vestido de mujer, no estaria muy bonito.

ANT. ¿Conque le ha dicho á usted...?

CASTO. Naturalmente: que la mujer con quien entró en esta casa á las dos de la mañana, era usted.

ANT. (Aparte.) ¡Ah, infame!

CASTO. Con que, que se desnude pronto, y envíemelo usted en seguida á casa.

ANT. Volando vá á ir (Aparte.) del puntapié que le voy á pegar.

CASTO. Pero me estoy olvidando de la cacerola de agua hirviendo. (Medio mutis.) ¡Ah, queda usted convidado para el chocolate. (Se vá.)

ESCENA XII.

ANTONIO Y CALISTO.

ANT. Luego era verdad. Luego mi mujer ha entrado en mi casa á las dos de la madrugada, del brazo de ese jóven. ¡El furor me ahoga, y en cuanto le vea!...

CAL. (*Entrando.*) Pues señor, me desnudaré, y voy á tranquilizar á mi novia.

ANT. (*Con mucha amabilidad.*) Servidor de usted, caballerito.

CAL. (*Aparte.*) ¿Qué amabilidad? No sé por qué me escamo.

ANT. (*Acercándosele.*) Está usted muy bien con ese traje. (*Cambiando de tono.*) Le voy á usted á colgar con él en la ventana, para escarmiento de pícaros.

CAL. (*Amenazándole con la lanza.*) ¡No dé usted un paso, que me pierdo!

ANT. ¿Tratas de defenderte? ¡Ahora verás! (*Entra un momento y sale con dos pistolas y dos sables.*)

CAL. (*Aparte.*) Esto se va poniendo muy sério, pero sumamente sério.

ANT. Escoge, vamos á batirnos sin salir de esta sala.

CAL. Poco á poco, yo tengo mucho que hacer, y no puedo perder tiempo en batirme.

ANT. ¡O te bates, ó te mato!

CAL. (*Cogiendo un sable.*) ¡Prefiero batirme!

ANT. Quítate la coraza.

CAL. (*Atacándole.*) No me da la gana. Atrévete, valiente.

ANT. Este desafío no es leal.

CAL. ¡Te voy á atravesar como á un perro.

ANT. (*Huyendo.*) ¡Traidor!

ESCENA XIII.

DICHOS Y ROSA.

ROSA. (*Saliendo.*) ¿Pero, qué pasa?

ANT. Venga usted acá, muger infame; conozco su conducta depravada.

ROSA. Mi conducta...

ANT. Sé que ayer, á las dos de la mañana, entró

usted en casa, acompañada de ese hojalaterillo.

CAL. Oiga usted, señor de pinta monas, no me insulte usted, ó tema usted mi ira. (*Aparte.*) Con este traje algo se pega.

ROSA. Es cierto, pero no soy culpable.

CAL. No se disculpe usted, señora, no se disculpe usted.

ANT. ¡Le voy á usted á aplastar como á un gusano!

CAL. ¿A mi?

ROSA. ¡Por Dios, Antonio!

ANT. ¡Voy á matarle!

ROSA. ¡Socorro!

CAL. No tema usted nada; yo le probaré á su marido de usted lo temible que es un hojalatero, cuando se sale de su carácter.

ANT. Pero quítate la coraza, cobarde.

CAL. Oiga usted: en cuanto me vuelva usted á tutear se queda sin narices.

ANT. ¡Ah, qué idea! ¿No quieres quitarte la coraza?

CAL. Nó.

ANT. Mejor.

ROSA. ¿Qué vas á hacer?

ANT. (*Cogiendo las pistolas.*) Muy sencillo, á pegarle un tiro.

CAL. (*Huyendo y ocultándose detrás de los muebles.*) Bárbaro, las armas no son iguales.

ANT. Me haces el efecto de un conejo.

CAL. Si siquiera tuviese yo un cañon.

ANT. (*Apuntándole.*) Muere.

ROSA. (*Quitándole la pistola.*) ¡Por Dios!

CAL. (*Saliendo por la primera puerta izquierda y cerrando tras de él.*) Allí está mi ropa. ¡Sálvese el que pueda!

ESCENA XIV.

ROSA, ANTONIO, despues DON CASTO, y despues CALISTO.

ANT. Ahora, señora, ajustemos cuentas que al hojalatero le tengo seguro.

ROSA. Mi conducta no tiene nada de censurable, y mi única falta ha sido haber cedido á los deseos de mi amiga Luisa que quiso que la acompañara á un baile de máscaras. Sólo estuve en él una media hora, y cuando ya me volvia á casa y en nuestra misma calle, ese jóven que salia de su tienda me libró de los brazos de un borracho y me condujo hasta aquí.

ANT. ¿Es eso verdad?

ROSA. Te lo juro.

ANT. Aplazo mi venganza por si me engañas, y en cuanto á tu defensor sólo le cortaré las orejas por haber tenido el atrevimiento de insultarme.

CASTO. (Entrando furiosamente.) Ustedes y mi yerno se están esponiendo á los furores de un padre irritado.

ANT. Señor, este hombre es una nube.

CASTO. El primer cuarto de hora lo pasé en casa muy tranquilo esperando á mi yerno; pero á los diez y seis minutos ya estaba nervioso, á los diez y siete más nervioso, mucho más á los diez y ocho y á los veinte he hecho pedazos dos pares de zapatillas nuevas, un candelero de metal blanco, tres varas de alfombra y la cacerola donde tuvo los piés metidos mi hija.

ANT. ¿Pero qué tengo yo que ver con los nervios de usted?

CASTO. Mucho, porque usted está deteniendo á mi yerno.

ANT. Y no le dejaré marchar hasta haberle sentado la mano.

CASTO. A mí que le pegue usted me importa poco; pero péguele usted pronto y acabemos de una vez.

CAL. (Asomando la cabeza por la puerta y ocultándose segun le convenga para no ser visto.) Mi suegro y el salvaje del pintor juntos, ¡bonito va á salir mi pellejo! ¡Ah, qué idea, yo les daré un susto! (Se vá.)

ANT. ¿Prefiere usted pistola ó sable?

CASTO. Si tuviera usted un cuchillo, seria mucho mejor.

ROSA. ¡Pero, señores!...

CASTO. Creo que seria mucho mejor que usted se retirase.

ANT. Sí, vete. (Se oye un ruido de cristales rotos, y todos van hácia el foro.)

ESCENA XV.

DICHOS Y PEPA.

PEPA. (Entrando muy asustada.) ¡Ay Dios mio, señorita, qué desgracia tan grande!

TODOS. ¿Qué pasa?

PEPA. ¡Que ese jóven se ha tirado por la ventana de su cuarto de usted, que da al patio!

ROSA. ¡Qué horror!

ANT. ¡Imposible!

CASTO. ¡Yerno mio!

PEPA. (Asomándose á la ventana.) ¡Allí está tendido, boca abajo, sin movimiento! ¡Se habrá estrellado!

ROSA. Corre, Pepa, véte á ver si aun respira.

CASTO. Hay que llamar á un médico inmediatamente.

ANT. Y que dar parte, sopena de vernos envueltos en una causa criminal.

ROSA. No te detengas.

PEPA. Voy, voy en seguida. (Se vá.)

ESCENA XVI.

DICHOS MENOS PEPA, luego CALISTO.

ROSA. (Asomándose á la ventana.) No se mueve.

CASTO. (Idem.) ¡Qué se ha de mover, si ha debido hacerse tortilla!

ANT. Y no se ve sangre.

CASTO. Habrá tenido un derrame interior.

ROSA. Me siento mala.

ANT. Yo tambien estoy conmovido.

CASTO. (Llorando exageradamente.) ¿Y qué diré yo, señores, qué diré yo?

ANT. (Idem.) Diga usted lo que quiera.

ROSA. (Idem.) ¡Tener un crímen sobre mi confectos!

CASTO. (Idem.) ¡Era un angel, á pesar de sus deciencia!
¡Pobre hija mia, cuando lo sepa! Le amaba mucho.

ANT. (Con naturalidad) ¿Está usted seguro de que le amaba?

CASTO. (Idem.) Yo creo que sí.

ANT. (Llorando.) Entónces, su pena será horrible.

CASTO. (Llorando más.) Mil veces me lo habia dicho: Calisto era muy bueno; lo tenia probado.

ANT. (Idem.) ¿Conque probado?

CASTO. (Idem.) Sí, señor, en mil detalles.

ROSA. Yo le perdono el mal que me ha hecho.

ANT. Yo tambien le perdono. Conozco que he estado un poco duro con él.

CASTO. Mi bendicion le acompañará hasta más allá de la tumba.

ANT. Pues mire usted, creo que no le servirá para nada.

CASTO. Si en este momento le tuviera aquí, le abrazaria con efusion.
ANT. Yo tambien le abrazaria.
ROSA. Y yo.
ANT. Te librarias muy bien.
CASTO. No son estos momentos de rabiar.
ANT. Tiene usted razon.
LOS TRES. (Llorando.) Todos le abrazariamos.

(Desde poco ántes de concluir la escena, Calisto, ya vestido con el traje que sacó al principio, sale de puntillas y va acercándose poco á poco hasta meterse por los brazos de Antonio y D. Casto cuando lo inúica el diálogo.)

ESCENA XVII.

TODOS MENOS PEPA.

CAL. Pues aprieten ustedes.
ROSA. (Retrocediendo.) ¡Dios mio!
ANT. (Idem.) ¡Vade retro!
CASTO. (Idem.) ¡Aparta, pálida sombra!
CAL. ¡Pálida sombra! ¡vade retro! ¿Pero están ustedes locos? Yo no me he muerto.
ROSA. Pero, ¿y aquel cadáver inanimado?

ESCENA XVIII.

ROSA, PEPA, CALISTO, DON CASTO Y ANTONIO.

PEPA. (Entrando con el maniquí.) Aquel cadáver aquí está.
TODOS. ¡El maniquí!
CAL. Naturalmente que es el maniquí. ¿En qué cabeza cabe que podia haberme matado de desesperacion?

CASTO. En la mia.

CAL. Es que en su cabeza de usted caben muchas barbaridades.

CASTO. ¿Vámonos á buscar á Efigenia?

CAL. Sí, vamos; pero ántes déjenme ustedes decir cuatro palabras á estos señores. (Al público.)

Si esta pobre produccion
algun aplauso se lleva,
muestra de tu aprobacion,
habré ganado una nueva
BATALLA DE MARATON. (Telon rápido.)

FIN DEL JUGUETE.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de Duran, Carrera de San Gerónimo; de D. Leocadio Lopez, calle del Cármen; de los Hijos de Fé, calle de Jacometrezo, 44; y de Murillo, calle de Alcalá.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la Administracion lírico-dramática.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta Administracion acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.